

LA CUESTIÓN AMBIENTAL Y EL SURGIMIENTO DE UN CAMPO EDUCATIVO Y POLÍTICO DE ACCIÓN SOCIAL¹

ISABEL CRISTINA M. CARVALHO*

This paper discusses the historical roots and the contemporary perspectives of the environmental field as a social space of educational and political action. "Nature", valued as a precious good in contrast with industrial environmental damages to urban areas, is a modern feeling. Its cultural roots are related to the social context of the 18th and 19th centuries, when significant events came about such as the new sensibilities to nature (England), the concept of wilderness (USA), and the Romantic Movement.

By the middle of our century, the ecological movements had brought up the political dimension of the environmental issue. In the last few decades, the ecological ideas have been broadly diffused and the environmental field of social action has become much more complex and ideologically diversified. The emancipatory view in the ecological field has joined the popular agenda and has represented an important improvement to the social fight for citizenship and the creation of a fair and sustainable society.

INTRODUCCIÓN

El medio ambiente, considerado como un Bien, un ideal que puede movilizar a militantes, orientar políticas y, sobre todo, instituir una práctica educativa específica, no siempre tuvo los sentidos que posee actualmente. A pesar de las innumerables situaciones de degradación ambiental surgidas a lo largo de la historia occidental y como lo han mostrado diversos historiadores, el surgimiento de las prácticas sociales y pedagógicas acerca de la cuestión ambiental como objeto de interés público es reciente.²

Nos parece relevante discutir las raíces de la construcción social de la cuestión ambiental y sus implicaciones en el escenario contemporáneo, para comprender el campo de actuación del(a) educador(a) ambiental. Al final, el surgimiento mismo de este(a) profesional-militante es parte de este movimiento his-

tórico que ha puesto en evidencia la cuestión ambiental como un nuevo campo de acción política-pedagógica.

En el presente artículo, con apoyo en elementos de la historia que conforman la cuestión ambiental, buscaremos reflexionar sobre algunas de sus configuraciones actuales que constituyen el campo de los horizontes posibles para la educación ambiental.

1. Las raíces modernas del interés por la naturaleza: el surgimiento de las nuevas sensibilidades

Las raíces modernas del interés por la naturaleza han sido ampliamente discutidas dentro del fenómeno de las nuevas sensibilidades, estudiadas por Thomas (1989) en Inglaterra. Se trata de un trazo cultural que nace ligado al ambiente social del siglo XVIII. Esta cultura de valorización de la naturaleza se reafirmará con el movimiento romántico del siglo XIX y, en la perspectiva de un hecho de larga duración, sigue pre-

* Psicóloga y maestra en educación (correo electrónico: isastei@portoweb.com.br).

¹ Traducción: Édgar González Gaudiano y Gabriel H. García Ayala.

² A este respecto, véanse las interesantes contribuciones de Hughes (1976), Crosby (1993) y Wilkinson (1995).

sente hasta nuestros días. Esas sensibilidades nacieron en la medida que se hicieron evidentes los efectos del deterioro ambiental y de la vida en las ciudades, provocados por la Revolución Industrial. Esta visión contrasta con los ideales de la afirmación del ser humano por el dominio de la naturaleza surgidos en el contexto social de los siglos XVI y XVII, cuando se consolidó el nuevo orden burgués y mercantil.

De alguna manera, el contexto del siglo XVIII fue testimonio de una radicalización de ese orden burgués y de su anhelado dominio humano sobre el medio ambiente, materializado en los progresos técnicos que hicieron posible la experiencia de la primera Revolución Industrial. Una naciente industria que llegó triunfante trayendo consigo su inexorable contraparte: la degradación ambiental. Al finalizar el siglo XVIII, Gran Bretaña estaba a la cabeza en la producción de carbón, con cerca de diez millones de toneladas, casi 90% del total mundial. El creciente uso comercial y doméstico de este combustible –el más usado durante la Revolución Industrial–, generó una enorme cantidad de residuos. La palabra inglesa smog (vocablo compuesto por smoke [humo] y fog [niebla]) se convirtió en una marca registrada de las grandes transformaciones sociales y ambientales desencadenadas por el modo de producción industrial.

En cuanto a la nueva disciplina de trabajo adoptada en las fábricas, y que marcaba el ritmo de la formación de la clase obrera, hacía que las condiciones de vida en el ambiente fabril y en las ciudades se tornara insoportable. En muchos casos, el deterioro del ambiente urbano era peor que en la actualidad. La intensa migración campo-ciudad impulsada por la incautación de las tierras de cultivo, como parte de los procesos de acumulación primitiva, aceleraba el proceso de crecimiento desordenado de las ciudades industriales. El resultado era una alta concentración de la población, constituida principalmente por trabajadores pobres expuestos a un ambiente insalubre de trabajo y vivienda. No existía el manejo de resi-

duos ni un saneamiento adecuado; los trabajadores se amontonaban en covachas y estaban sometidos a largas y penosas jornadas de trabajo.

Había una altísima propagación de epidemias. Los informes médicos de la época registran un aumento significativo de enfermedades mentales, infanticidios y suicidios. Asimismo, se sabe que durante este periodo apareció una gran cantidad de sectas y cultos de carácter apocalíptico.³

Todos esos indicadores revelan las condiciones y las penurias enfrentadas cotidianamente por los/as trabajadores/as y demás habitantes pobres de las ciudades industriales. Fueron condiciones que perduraron mucho tiempo, como lo apunta Hobsbawm (1994: 223): “Fue sólo después de 1848, cuando las nuevas epidemias surgidas en las zonas pobres empezaron a aniquilar también a los ricos, y a que el pueblo desesperado amenazó a los poderosos con una revolución social, que empezaron a tomarse acciones sistemáticas para el mejoramiento y la reconstrucción urbana”.

Tan grave situación de pobreza, incomodidad e insalubridad convertía la rebelión de los(las) trabajadores(as) en una de las pocas salidas para corregir esta condición. Es comprensible que el corazón de las tensiones del naciente mundo industrial haya sido la explotación de la fuerza de trabajo. Las condiciones del trabajo obrero fueron la causa de un cambio radical en el modo de vida de una población recién llegada del campo, de tal manera que la metrópolis se transformó en un sitio de sufrimiento para la clase obrera en formación. En este sentido, la experiencia urbana condensaba la violencia social y la degradación ambiental como dos rostros indisociables del nuevo modo de producción.

Si bien la degradación ambiental en la caótica realidad urbano-industrial no se convirtió en un objeto de lucha social específica, sí se percibió agudamente en esa época el deterioro del ambiente y estuvo en la base de un importante cambio cultural. La experiencia urbana, marcada por las inhóspitas condiciones de

vida, impulsó el surgimiento de un sentimiento estético y moral de valorización de la naturaleza silvestre, no transformada por los seres humanos. Este fenómeno repercutiría tanto en las llamadas nuevas sensibilidades emergentes hacia la naturaleza, a partir del siglo XVIII en Inglaterra, como los ideales de valorización del mundo natural silvestre (wilderness) en Estados Unidos, principalmente en el siglo XIX.⁴

En contraposición con la violencia social y ambiental del mundo urbano, se afirmó una nostalgia por la naturaleza intocada. Los paisajes naturales y la naturaleza en general se confirman como un Bien deseado y valorado por la sociedad. Costumbres como tener en casa un pequeño jardín, criar animales domésticos, pasear al aire libre, caminar en los bosques, escuchar música en los ambientes naturales, organizar los fines de semana paseos en el campo y observar los pájaros, son temas que florecen, manifestándose en la literatura y la pintura de los siglos XVIII y XIX.

En sintonía con el romanticismo del siglo XIX, las nuevas sensibilidades están en la base de un sentimiento estético, acerca de qué es lo natural, lo silvestre y no cultivado; es decir, lo que no está sometido al orden y la intervención humana. En nombre de esta sensibilidad que idealizaba la naturaleza, en cuanto a una reserva de bien, belleza y verdad, se abrió un importante debate sobre el sentido de vivir bien, en donde la naturaleza se vio como un ideal estético y moral. Esta posición se expresó en innumerables críticas a las distorsiones de la vida en las ciudades, la intervención humana en la naturaleza, una apropiación utilitaria de los recursos naturales, la violencia contra los animales, las plantas, etcétera.

Si bien ese sentimiento de apreciación de la naturaleza puede considerarse como una sensibilidad burguesa, fue finalmente este sector de la población el que efectivamente podía disponer del tiempo y los recursos para cultivar los nuevos hábitos de convivencia y admiración de la naturaleza. A pesar de

su origen de clase las nuevas sensibilidades hacia la naturaleza no se restringieron a un comportamiento o un ideario de una clase única. Su revaloración se extendió hacia un conjunto más amplio de la sociedad.

En este sentido, es importante reconocer la contribución de la naciente burguesía en su esfuerzo de afirmación de clase frente a un orden jerárquico y aristocrático en el génesis de la moderna esfera pública. En este periodo se gestó y conquistó visibilidad toda una nueva sociabilidad política, junto con una serie de creencias y valores personales, constituyendo un ámbito público. Las nuevas sensibilidades hacia la naturaleza pueden considerarse como parte del mundo de los sentimientos y valores privados del individuo burgués, que tendían a generalizarse en el ethos público.⁵ Sin duda alguna, este contexto fue favorable para que las recientes sensibilidades, que valoraban e idealizaban a la naturaleza, constituyeran una transformación cultural importante, de largo plazo, que permanece hasta nuestros días como una de las raíces histórico-culturales del ambientalismo contemporáneo.

2. La cuestión ambiental contemporánea

Estamos en las vísperas del siglo XXI y la naturaleza ocupa un lugar cada vez más destacado en el debate sobre el futuro de la sociedad. Podríamos decir que hoy vivimos, en otra escala y con otras especificidades, un momento en el que las sensibilidades estéticas y políticas aseguran un lugar de indudable notoriedad a la naturaleza y a los asuntos ambientales. La difusión de la dimensión ambiental, ya sea en las luchas sociales, en la práctica educativa, o en las acciones de los organismos gubernamentales e internacionales, no deja duda alguna sobre la visibilidad de esta problemática en la esfera pública.

Pese a todo, las posibilidades de armonizar los proyectos sociales y los estilos de vida con los límites de capacidad de sostenimiento y regeneración del

⁴ En la literatura de la historia ambiental, pueden encontrarse análisis clásicos sobre el surgimiento de las nuevas sensibilidades y de la idea de lo silvestre (wilderness) en autores como Thomas (1989) y Worster (1994).

⁵ Sobre la constitución de la moderna esfera pública, véase a Habermas (1984) y a Chartier (1995).

³ La vida cotidiana de los trabajadores pobres en Londres está muy bien documentada en las crónicas de Henry Mahew, publicadas por primera vez en 1851-2. Véase Mayhew (1985).

ambiente, siempre han estado presentes en los grandes retos de la actualidad. Considerando la asimetría de las relaciones de fuerza que definen las transformaciones sociales y económicas en curso, una reorientación global de las relaciones con la naturaleza tiende a parecer más próxima a una utopía ecológica que a una realidad inminente. Tal vez todavía esté lejos de concluirse el pacto que hará posible una nueva alianza entre la sociedad y la naturaleza. Lo que no significa que esta alianza no esté ensayándose en diferentes oportunidades. Precisamente, tal vez estemos en el momento de confrontar y discutir sobre qué bases podría sentarse esa “reconversión” de los proyectos de la sociedad en dirección de un orden sustentable. El horizonte histórico-cultural de este debate está irremediamente cruzado por una multiplicidad de intereses y proyectos sociales que disputan diferentes interpretaciones sobre lo ambiental. Así, el punto de partida ya presenta un campo de divergencias a ser explicitadas para que surja el debate.

Aquí se evidencia el papel protagónico de la acción educativa orientada hacia lo ambiental. Es en este punto agónico y dilemático que se delinea el espacio privilegiado de una educación ambiental ciudadana, entendida como una intervención político-pedagógica, que tiene como ideario la afirmación de una sociedad de derechos, ambientalmente justa.

Las múltiples interpretaciones de lo ambiental no garantizan una convergencia de acciones y de visiones de lo ambiental. Por ejemplo, basta observar el enorme abanico de orientaciones que definen las tendencias en el conjunto de los movimientos ecológicos (materialismo, posmaterialismo, ecología profunda, realismo/pragmatismo, fundamentalismo, socioambientalismo, etc.) Más allá de los movimientos denominados ecológicos, otras luchas sociales han asimilado la dimensión ambiental a su ideario, confiriéndole los sentidos y los matices particulares de su campo de acción, aumentando de esta manera la diversidad del espectro de las llamadas luchas socioambientales.

En los ámbitos del Estado y del mercado también está surgiendo una diversidad de formas de inter-

vención ambiental, por ejemplo, nuevas modalidades de áreas y recursos protegidos (reservas de la biosfera), el cambio de enfoques con respecto a la naturaleza, las agendas sustentables, las condicionales ambientales, el ecoturismo, la certificación ambiental de productos, la conversión tecnológica de los procesos productivos, etcétera.

Frente a este cuadro, el campo de lo ambiental se convierte en un lugar de disputa entre concepciones, intereses y grupos sociales. En este sentido, inclusive verificando la repetición ad nauseam de una retórica genérica sobre la importancia del medio ambiente, como discurso común de estos actores sociales, no puede suponerse que haya un acuerdo efectivo que haga viable una reorientación consistente de las relaciones de la sociedad con la naturaleza. Distintamente de un fenómeno que tiende a la convergencia y a la estabilidad, prefiero tomar esa heterogeneidad de prácticas y sentidos en torno a lo ambiental, como un campo social inestable, contradictorio y multifacético, que constituye un amplio y diversificado ideario social. Este campo contiene un alto grado de heterogeneidades, ya que puede incluir movimientos sociales de diferentes filiaciones ideológicas; políticas públicas, partidos políticos, estilos de vida alternativos, opciones y hábitos de consumo, etc. Es dentro de este terreno movido y muy complejo, que el(la) educador(a) inscribirá el sentido de su acción, posicionándose como educador(a) y como ciudadano(a). De ahí el carácter no sólo estrictamente pedagógico, sino político de su intervención.

Las prácticas educativas, como las luchas socioambientales —así como las desempeñadas por los movimientos ecológicos o por los movimientos populares que incorporaron la cuestión ambiental— pueden entenderse como parte de ese conjunto heterogéneo de valores y acciones constitutivos del campo. Es en este sentido que representan una de las posibilidades de agenciamiento de una sensibilización del valor de la naturaleza, en tanto Bien estético y vital con las luchas por el derecho a los bienes ambientales y a la calidad de vida.

3. La dimensión política y educativa de las luchas socioambientales

En el contexto de la definición ideológica que caracteriza el debate social contemporáneo, la configuración del conjunto de conflictos socioambientales constituidos por luchas sociales en torno al acceso y uso de los bienes ambientales es un hecho importante porque contribuye a dar contenido político a lo ambiental.

Estos conflictos pueden operar como fuerzas publicitarias del bien ambiental frente a las embestidas de los intereses privados sobre el patrimonio natural. La sumisión de los bienes ambientales a los intereses privados termina por afectar su disponibilidad para otros segmentos de la población, incurriendo en perjuicio de su uso común. Muchas de las luchas en torno a los bienes ambientales son expresión de esta tensión entre los intereses públicos y los privados. Se trata de una lucha por la ciudadanía en la medida en que está siendo reivindicado el carácter público del medio ambiente.

No todos los actores sociales involucrados en los conflictos socioambientales se consideran ecologistas o ven sus luchas como estrictamente ecológicas. Sin embargo, eso no impide una construcción, en diferentes niveles, de un ideario ambientalizado por esos actores.

En ese sentido, no puede minimizarse la relevancia de los valores emancipatorios, que tal vez sean el elemento clave en la construcción de ese puente entre la ecología y las luchas populares, que hagan posible, tanto una mayor visibilidad y legitimación de esas luchas en el conjunto de la sociedad, como, al mismo tiempo, el arraigo popular de la lucha ecológica en la contienda ciudadana. Como ya lo ha señalado Padua (1991), una incorporación de la preocupación ambiental en la política de los sectores populares, especialmente en el medio rural, no es exclusiva de Brasil, también se observa en la India y en África. En el caso particular de Brasil, no se podría pensar en una

cuestión ambiental sin considerar el importante papel que tuvieron en su configuración los movimientos sociales urbanos de los años setenta y ochenta, así como los movimientos populares vinculados con la educación popular, y la teología de la liberación y las Comunidades Eclesiales de Base.⁶

La comprensión de la problemática ambiental como fenómeno socioambiental proyecta la cuestión ambiental en la esfera política, entendida como esfera pública de las decisiones comunes. A partir de su intersección concreta en la defensa y/o disputa por los bienes ambientales, muchas luchas ambientales adquieren una dimensión pedagógica, en la medida en que constituyen espacios efectivos de cuestionamiento, encuentro, confrontación y negociación entre proyectos políticos, universos culturales y diferentes intereses sociales. Para obtener resultados inmediatos, esas luchas, como toda educación orientada hacia los(las) ciudadanos(as), pueden contribuir de una forma más concreta para el avance de uno de los grandes desafíos contemporáneos; una búsqueda de posibles nuevas tésituras entre la naturaleza y la política: Bios y Polis.

4. Entre Bios y Polis: ¿cuál es el lugar del proyecto democrático-emancipatorio?

El acceso de la naturaleza en la esfera política puede verse como una ampliación de esta última, en la medida en que los destinos de la vida, en cuanto Bios, conquistan un espacio creciente como objeto de discusión política en la sociedad. No obstante, hay que estar atentos a las tensiones entre Bios y Polis, acordando que si podemos hablar de una politización de la naturaleza por los movimientos sociales y las luchas ecológicas emancipatorias, también podemos ver en la curva del hecho ambiental indicios de una biologización de la política, o sea, una afirmación de la Bios sobre la Polis en varias prácticas y orientaciones ambientales.

⁶ La incorporación de una ética ambiental en el ideario social y religioso de la teología de la liberación ha sido uno de los principales temas de producción teórica de los noventa del teólogo Leonardo Boff. En este sentido, destaca especialmente el libro *Ecología, grito de la tierra, grito de los pobres* (1995).

Esta tensión entre ampliación y/o reducción de la esfera pública entendida como esfera política, evidencia la pregunta sobre las posibilidades emancipatorias o desagregadoras del hacer político en la contemporaneidad. En esta perspectiva, podríamos decir que si la problemática socioambiental denuncia los riesgos que afectan la vida de las poblaciones humanas, la conciencia de estos riesgos puede tanto actuar como una fuerza agregadora, contribuyendo a la formación de lo que Habermas (1995) llamó una comunidad de riesgos compartidos, como a reforzar los mismos mecanismos de desintegración social y ambiental que tienden a acelerar una apropiación de los bienes ambientales por los intereses privados, degradando no solamente la base material del planeta, sino también los vínculos de la solidaridad social.

Este panorama no puede desligarse del recrudescimiento en los años noventa de una coyuntura mundial de la crisis económica y social, que amenaza la misma idea de solidaridad social, ensayando un movimiento inédito de exclusión en el plano mundial. Las tesis neoliberales fortalecidas por la crisis del socialismo real y por el agotamiento del estado de bienestar social, tratan de legitimarse como la última y única voz, dictando la muerte de las utopías y afirmando el imperio de lo económico sobre el campo de la política, de los derechos sociales y humanos.

Habermas (1995) nos auxilia una vez más para comprender el surgimiento de lo que nombraba como una clase inferior (underclass) –algo entre ‘sub-clase’ y clase marginada– en lo bajo de los procesos de ajuste de las economías nacionales para alcanzar la competitividad internacional impuesta por la globalización. Son grupos marginales que gradualmente se ven separados del resto de la sociedad y pasan a ser vistos como una parte superflua de la sociedad que, privada de la voz, deja de ser reconocida en la esfera pública. Así, quienes ya no son capaces de cambiar su condición por cuenta propia son abandonados a su suerte. El autor destaca los efectos de esa segregación, relacionándolos con una erosión de la fuerza integradora de la ciudadanía democrática.

En el contexto actual de una cultura política ambientalista, ideológicamente multifacética, el ecologismo basado en la defensa de los valores emancipatorios, pese a estar en la génesis histórica del hecho ambiental, hoy es una fuerza más entre otras. Entre los efectos que resultan del impacto de una orientación anti-utópica o “realista” sobre el mundo ambiental, destaca un adelgazamiento del ecologismo emancipatorio. Esto puede observarse tanto en el crecimiento de las acciones ambientales de resultados, como en las prácticas de educación ambiental de corte individualista y conductista. En ese horizonte, la fuerza de la crítica emancipatoria, que opone radicalmente el ideario ecológico al status quo, tiende a ser amenazada, al mismo tiempo en que las diferencias de concepción y las disputas concretas para el medio ambiente son secundadas, en un proceso de desalojamiento de la arena política, en cuanto campo de contradicciones y conflictos sociales.

Así, se observa el surgimiento de un escenario político-cultural complejo donde las vicisitudes de la esfera política contemporánea configura el horizonte donde se dirime el debate ambiental, generando posicionamientos ambientales ideológicamente diversificados, incluyendo tanto a aquellos basados en un ideario participativo y democrático, como a otros de extracción conservadora. Entre estos últimos podríamos citar, tanto en el campo de la educación ambiental como en la militancia ecológica, aquellas prácticas que se caracterizan por su anti-humanismo, individualismo, segregación social y autoritarismo político en nombre de la preservación de la naturaleza. En estos casos, lo que está en riesgo de extinción, de manera concomitante con las bases de sustentación material del planeta, son las bases políticas de sustentación de un proyecto emancipatorio y solidario.

En este juego de fuerzas, los sentidos emancipatorios para la acción política permanecen disputando la esfera pública, generando utopías e incidiendo concretamente en determinadas acciones y escuelas de la actualidad. Pensamos que una educación ambiental sensible a las luchas socioambientales y pautada por la conquista de ciudadanía, representaría un espacio promisorio en busca de una sociedad justa y

ambientalmente sustentable, integrando las fuerzas emancipatorias que, en este apesadumbrado final de siglo, mantienen el proyecto de una ciudadanía democrática.

Más que fijar un estado del debate ambiental, al trazar este cuadro pretendemos describir los hilos de tensión que lo atraviesan marcando una dinámica de disputa, material y simbólica, por la naturaleza y sus sentidos. Así, no se trata de cristalizar un único escenario para la educación ambiental, sino problematizar su horizonte histórico de posibilidades.

Felizmente, estamos muy lejos del fin de la historia y, en particular, de esta historia. Por el contrario, vivi-

mos un momento especialmente intenso e inestable de avances, retrocesos y recomposiciones de los proyectos sociales y ambientales.

El calor del debate, la carrera contra el tiempo y la urgencia de transformaciones es lo que va a marcar, tanto el ambiente social de actuación profesional del(la) educador(a) ambiental, en cuanto a su mundo personal-subjetivo –sus emociones y dilemas personales–. Este(a) educador(a) parece constituirse como un sujeto cuya dimensión trágica es ser interpelado pública y personalmente por las grandes contradicciones de este final de milenio.

BIBLIOGRAFÍA

- Boff, L. (1995) *Ecología: grito da terra, grito dos pobres*. San Paulo. Ática.
- Chartier, R. (1995) *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*. Barcelona, Gedisa.
- Crosby, A. (1993) *O imperialismo ecológico*. San Paulo, Companhia das Letras.
- Habermas, J. (1984) *Mudança estrutural da esfera pública*. Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- (1995) “O Estado-Nação europeu frente aos desafios da globalização”, en *Novos Estudos*, CEBRAP, número 43.
- Hobsbawm, E.J. (1994) *A Era das Revoluções*. Paz e Terra.
- Hugues, D. (1976) *La ecología de las civilizaciones antiguas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mayhew, H. (1985) *London labour and the London poor*. Londres, Penguin Books.
- Padua, J.A. (1991) “O nascimento de política verde no Brasil: fatores exógenos e endógenos”, en Leis, H. (org.) *Ecología e política mundial*. Río de Janeiro, Vozes/FASE/PUJ-RJ.
- Thomas, K. (1989) *O homem e o mundo natural; mudanças de atitude em relação às plantas e aos animais*. San Paulo, Companhia das Letras.
- Wilkinson, R. (1990) *Pobreza e Progresso*. Río de Janeiro.
- Worster, D. (1994) *Nature's economy; a history of ecological ideas*. Cambridge University Press.